

—¿A dónde vas?

—¡Pist! No tengo armas.

—Pues ¿y entonces?

—Me voy á la carpintería á coger un compás.

—¿Para qué?

—No lo sé,—decía Lombier.

Otro llamado Jacqueline, hombre de recursos, se acercaba á cada uno de los obreros que pasaban, y les decía:

—¡Ven!

Les pagaba un cuartillo de vino y añadía:

—¿Tienes trabajo?

—No.

—Pues vé á casa de Filspierre, entre el portillo de Montreuil y el de Charonne, y te darán trabajo.

En casa de Filspierre encontraban armas y cartuchos.

Ciertos jefes conocidos "corrían la posta", es decir, iban de una á otra parte para reunir la gente.

En la taberna de Barthelemy, cerca del arco del Trono, en el figón de Capel, en el petit Chapeau, los bebedores se acercaban con aire sombrío, y se les oía decir:

—¿Dónde tienes tu pistola?

—Debajo de la blusa. ¿Y tú?

—Debajo de la camisa.

En la calle Traversiere, delante del taller Roland, y en la plaza de la Casa Quemada, frente al taller del instrumentista Bernier, cuchicheaban algunos grupos. Distinguíase entre ellos un tal Mavot, que nunca estaba una semana en un taller, pues los maestros le despedían, "porque les obligaba á disputar con él diariamente".

Mavot fué muerto al día siguiente en la barricada de la calle Menilmontant.

Pretot, que debía morir también en la lucha, seguía á Mavot, y á esta pregunta: "¿qué quieres?" respondía: "la insurrección".

Algunos obreros, reunidos en la esquina de la calle de Bercy, esperaban á un tal Lemarin, agente revolucionario del arrabal de San Marcelo.

Las órdenes de aviso se cambiaban casi públicamente.

El 5 de Junio, pues, con un día mezclado de lluvia y sol, el entierro del general Lamarque atravesó las calles de París con la pompa militar oficial, algo aumentada con las precauciones.

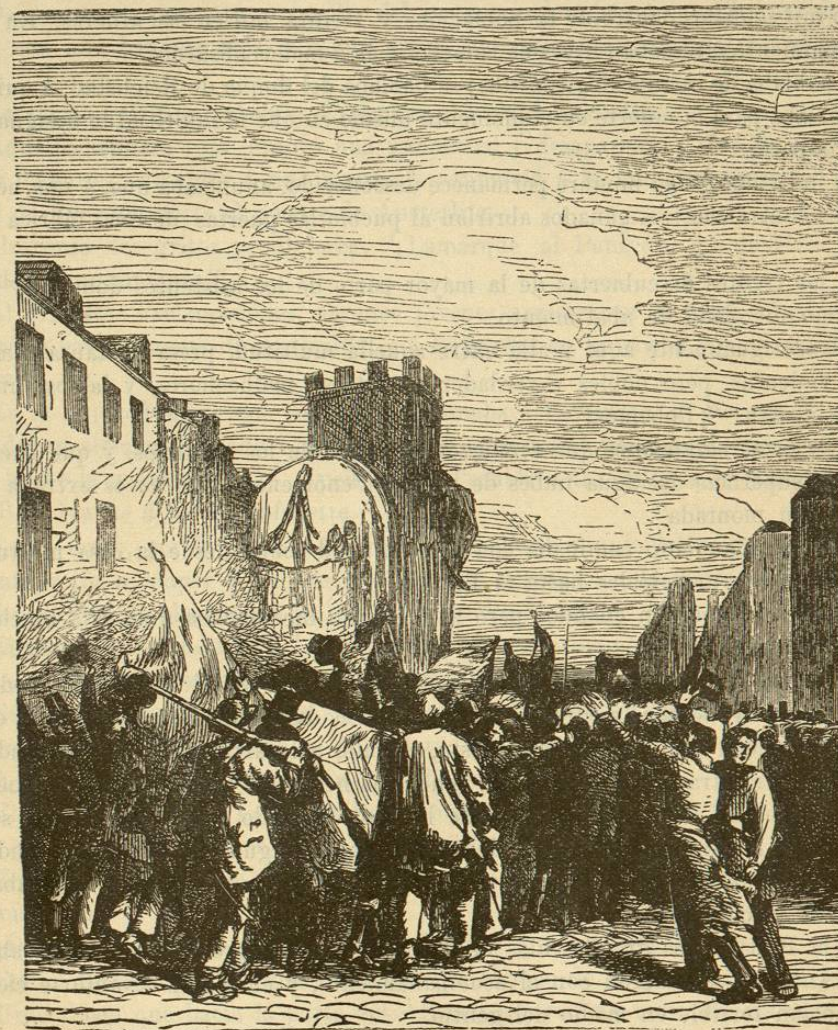
Dos batallones con los tambores enlutados y los fusiles á la funerals, diez mil guardias nacionales con el sable al cinto, las baterías de la arartillería y de la guardia nacional, escoltaban el féretro.

El carro fúnebre era conducido por jóvenes. Los oficiales de Inválidos le seguían inmediatamente, llevando ramas de laurel.

Después venía un gentío innumerable, agitado, extraño, los seccionarios de los Amigos del Pueblo, la Escuela de Jurisprudencia, la de Medicina, los proscritos de todas las naciones, banderas españolas, italianas, alemanas, polacas, banderas tricolores horizontales, toda clase de enseñas posibles, niños agitando ramas verdes, picapedreros y carpinteros, que á la sazón se habían declarado en huelga,

impresores que se distinguían por sus gorros de papel, marchando de dos en dos, de tres en tres, dando gritos, agitando palos casi todos, sables algunos de ellos, sin orden, y á pesar de esto con un solo pensamiento, ora en tropel ora en columna.

Algunos pelotones habían elegido sus jefes; un hombre armado con un par de pistolas, perfectamente visible, parecía pasar revista á otros, cuyas filas se abrían para dejarle paso.



En las calles de los boulevares, en las copas de los árboles, en los balcones, en las ventanas, en los tejados, hormigueaban las cabezas, de hombres, mujeres y chicos; llenos los ojos de ansiedad.

Pasaba una multitud armada y otra multitud asustada miraba.

El gobierno, por su parte, observaba; observaba con la mano en el puño de la espada.

Podíase ver dispuestos á marchar, llenas las cartucheras, y cargados fusiles y carabinas, en la plaza de Luis XV, cuatro escuadrones de carabineros, montados, con

los clarines al frente; en el barrio Latino y en el Jardín Botánico, la guardia municipal, escalonada de calle en calle; en el Mercado de Vinos, un escuadrón de dragones; en la plaza de Greve, una mitad del 12o. de ligeros, y la otra mitad en la Bastilla; el 6o. de dragones en los Celestinos, y la artillería llenando la plaza del Louvre.

El resto de las tropas estaba retenido en los cuarteles, sin contar los regimientos de los alrededores de París.

El poder, inquieto, tenía suspendidos sobre la muchedumbre amenazadora veinticuatro mil soldados dentro de la población, y treinta mil en las afueras. En el acompañamiento circulaban diversos rumores más ó menos absurdos.

Se hablaba de intrigas legitimistas; se hablaba del duque de Reichstad, á quien Dios señalaba para la muerte en el momento mismo en que la multitud le designaba para el imperio.

Un individuo, cuyo nombre permanece desconocido, anunciaba que, á una hora dada, dos contra maestros ganados abrirían al pueblo las puertas de una fábrica de armas.

En las frentes descubiertas de la mayor parte de los asistentes dominaba un entusiasmo mezclado de abatimiento.

Veíanse igualmente aquí y allá entre aquella multitud, presa de tantas emociones violentas, pero nobles y verdaderos, rostros malhechores, y labios innobles que decían: "¡Robemos!"

Hay ciertas agitaciones que remueven el fondo de los pantanos, y que hacen subir á la superficie del agua nubes de cieno. Fenómeno á que no es extraña la policía "bien montada".

El acompañamiento caminaba con una lentitud febril desde la casa mortuoria por las calles principales hasta la Bastilla.

Llovía de cuando en cuando; pero la lluvia no incomodaba á aquella muchedumbre.

En el tránsito habían ocurrido varios incidentes: el ataúd paseado alrededor de la columna Vendome, piedras tiradas contra el duque de Fitz James que estaba en un balcón con el sombrero puesto, el gallo galo arrancado de una bandera popular y arrastrado por el lodo, un gendarme herido de un sablazo en la Puerta de San Martín, un oficial del 12o. de ligeros diciendo en alta voz: "Yo soy republicano", la escuela politécnica llegando después, según su consigna forzada, con los gritos de "¡Viva la escuela politécnica! ¡Viva la república!" marcaban el curso de la comitiva.

En la Bastilla, las grandes filas de temibles curiosos procedentes del arrabal de San Antonio, se unieron con el acompañamiento, y empezó á levantarse cierta conmoción terrible en medio del gentío.

Oyóse á un hombre que le decía á otro:

—Fíjate bien en aquel de la perilla roja. Pues ese dirá cuando hemos de hacer fuego.

Parece ser que aquella misma perilla roja se encontró después ejerciendo el mismo cargo en otro motín, el de Quénisset.

El féretro pasó la Bastilla, siguió por el Canal, atravesó el puente pequeño, llegando á la explanada del puente de Austerlitz.

Allí se detuvo.

En aquel momento, el gentío, mirado á vista de pájaro, ofrecía el aspecto de

un cometa, cuya cabeza estuviese en la explanada, y cuya cola, desarrollada por el muelle Bourdón, cubriera la Bastilla, y se prolongara por los boulevares hasta la puerta de San Martín.

Trazóse un círculo al rededor del carro fúnebre; la inmensa comitiva guardó silencio. Lafayette habló, y dió el último adiós á Lamarque.

Fué aquel un momento tierno y augusto; todas las cabezas se descubrieron, todos los corazones palpitaron.

De pronto se presentó en medio del grupo un hombre á caballo, vestido de negro, con una bandera roja, y según otros, con una pica coronada por el gorro frigio.

Lafayette volvió la cabeza y Exelmans abandonó el cortejo.

Aquella bandera roja levantó una tempestad y desapareció. Uno de esos horribles clamores parecidos á una marejada conmovió á la multitud desde el boulevard de Bourdón hasta el puente de Austerlitz.

Alzaronse dos gritos prodigiosos: "¡Lamarque al Panteón! ¡Lafayette á la Casa del Ayuntamiento!"

Al oír estas exclamaciones, algunos jóvenes arrastraron el carro fúnebre de Lamarque por el puente de Austerlitz, y á Lafayette en un coche por el muelle de Morland.

En la muchedumbre que rodeaba y aclamaba á Lafayette, se distinguía y era señalado un alemán, llamado Ludwig Snyder, que murió luego centenario, el cual había hecho la guerra de 1776, y peleado en Trentón á las órdenes de Washington, y en Braudywine á las de Lafayette.

Entre tanto, por la orilla izquierda, la caballería municipal se ponía en movimiento, é iba á ocupar el puente; por la orilla derecha los dragones salían de los Celestinos, y se desplegaban á lo largo del muelle Morland.

El grupo que conducía á Lafayette los vió repentinamente en la esquina del muelle, y gritó: "¡Los dragones! ¡Los dragones!"

Estos avanzaban al paso, en silencio, con las pistolas en las pistoleras, los sables envainados, las carabinas en bandolera, con sombrío aire de espera.

A doscientos pasos del puente pequeño hicieron alto.

El coche en que iba Lafayette llegó hasta ellos; abrieron sus filas, le dejaron pasar, y volvieron á cerrarse interceptando á los que le seguían.

En aquel momento se tocaban los dragones y la multitud; las mujeres huyeron con terror.

¿Qué pasó en aquel minuto fatal? No hay quien pueda decirlo.

Fué el terrible y tenebroso momento del choque de dos nubes.

Unos dicen que hacia la parte del Arsenal se oyó una trompeta tocando ataque; otros que un muchacho dió una puñalada á un dragón.

El hecho es que se oyeron tres tiros, el primero mató al jefe de escuadrón Cholet, el segundo á una vieja sorda que estaba cerrando una ventana en la calle de Contrescarpe, y el tercero quemó la charretera de un oficial.

Una mujer gritó: "¡Se empieza muy pronto!" y de repente se vió al lado opuesto al muelle Morland, un escuadrón de dragones, que se había quedado en el cuartel, desembocar al galope, con el sable desnudo, por la calle de Bassompierre y el boulevard Bourdón, barriendo todo lo que se les ponía delante.

Y entonces ya no hay más que decir; se desencadenó la tempestad, llovieron

las piedras, sonaron los fusiles; unos se precipitan por los ribazos pasando el estrecho brazo del Sena, cegado hoy día: los almacenes y cobertizos de la isla Louviers, vasta ciudadela hecha de por sí, se erizó de combatientes; arrancáronse las estacas, disparáronse pistoletazos, bosquejóse en fin una barricada.

Los jóvenes rechazados atravesaron el puente de Austerlitz con el féretro á paso de carga, atacando á la guardia municipal; acudieron los carabineros, acuchillaron los dragones, dispersándose la multitud en todas direcciones; un rumor de guerra surgió de los cuatro extremos de París gritando ¡á las armas! Se corre, se tropieza, se huye, y se resiste.

La cólera comunica el motín, como el viento la llama.

IV

El hervor de otros tiempos.

Nada tan extraordinario como las primeras agitaciones de un motín.

Todo estalla en todas partes al mismo tiempo.

¿Estaba previsto? Sí.

¿Estaba preparado? No.

¿De dónde sale todo? De las piedras de la calle.

¿De dónde cae? De las nubes.

La insurrección tiene en unas partes el carácter de un complot; en otras el de una improvisación.

El primero que llega se apodera de la corriente de la multitud, y la lleva donde quiere. Principio lleno de espanto, al que se mezcla una alegría formidable.

Empieza por el clamoreo, se cierran las tiendas, desaparecen los escaparates; después se oyen algunos tiros aislados, huye la gente, los culatazos chocan en las puertas cocheras, y las criadas ríen en los patios de las casas, diciendo: “¡Va á haber jarana!”

No había transecurrido todavía un cuarto de hora, y he aquí lo que ya pasaba en veinte puntos de París.

En la calle de Santa Cruz de la Bretonerie, una veintena de jóvenes, de barba y cabellos largos, entraban en una taberna, y salían un momento después, llevando una bandera tricolor horizontal, cubierta de un crespón; á la cabeza iban tres hombres armados, con sable el uno, otro con un fusil y el tercero con una pipa.

En la calle de Nonaindieres, un burgués bien vestido, panzudo, de voz sonora, calvo, frente elevada, barba negra y uno de esos bigotes rebeldes que no pueden dominarse, ofrecía públicamente cartuchos á los transeuntes.

En la calle de San Pedro Montmartre, varios hombres, con los brazos desnudos, paseaban una bandera negra en que se leían estas palabras en letras blancas: “República ó muerte.”

En la calle de Jeuneurs, en la del Cuadrante, en la de Montorgueil, en la de Mandar, aparecían grupos agitando banderas, en que se leía en letras de oro la pa-

labra “sección” y un número. Una de estas banderas era roja y azul con una imperceptible faja blanca.

En la calle ancha de San Martín se saqueaba una fábrica de armas, y otras tres tiendas de armeros, la primera en la calle Beaubourg, la segunda en la calle Michelle-Compte, y la otra en la calle del Temple.

En algunos minutos, las mil manos de la muchedumbre se apoderaban de doscientas treinta escopetas, casi todas de dos cañones, de sesenta y cuatro sables y ochenta y tres pistolas.

A fin de que hubiera más gente armada, cogía uno el fusil y otro la bayoneta.

Enfrente del muelle de la Greve, varios jóvenes armados de mosquetes se instalaban en casas de mujeres para tirar. Uno de ellos llevaba un mosquete de rueda.

Llamaban, entraban y se ponían á hacer cartuchos.

Una de aquellas mujeres dijo después: “Yo no sabía lo que eran cartuchos; mi marido me lo dijo.”

Un grupo invadía una tienda de curiosidades de la calle de Vieilles-Haudriettes y allí se armaban de yataganes y armas turcas.

El cadáver de un albañil, muerto de un tiro de fusil, yacía en la calle de la Perla.

Además, en la orilla derecha del río, en la izquierda, en los muelles, en los boulevares, en el barrio latino, en el cuartel de los Mercados, hombres jadeantes, obreros, estudiantes y seccionarios, leían proclamas y gritaban: “¡A las armas!” Rompían los faroles, desenganchaban los coches, desempedaban las calles, echaban abajo las puertas de las casas, desarraigaban los árboles, registraban las cuevas, rodaban los toneles, amontonaban las piedras, los adoquines, los muebles, las tablas; en una palabra; hacían barricadas.

Obligaban á los burgueses á ayudarles; entraban en las casas, y hacían entregar á las mujeres el sable y el fusil de sus maridos ausentes, y escribían con blanco España en la puerta: “Están entregadas las armas.”

Algunos firmaban, “con sus nombres” recibos de fusiles y de sables, y decían: “Mandad por ellos mañana á la alcaldía.”

Desarmaban en la calle á los centinelas aislados y á los guardias nacionales que se dirigían á su punto de reunión. Arrancábanse las charreteras á los oficiales.

En la calle del Cementerio de San Nicolás, un oficial de la guardia nacional, perseguido por un tropel armado de palos y estoques, se refugió con gran dificultad en una casa, de donde no pudo salir hasta la noche, y aún disfrazado.

En el barrio de Santiago, los estudiantes salían á enjambres de sus posadas, y subían por la calle de San Jacinto al café del Progreso, ó bajaban al café de los siete Billares, calle de los Maturinos. Allí, delante de las puertas, algunos jóvenes subidos en guarda cantones distribuían armas. Se saqué el depósito de maderas de la calle Trasnonain para hacer barricadas.

En un solo punto hacían resistencia los habitantes, en la esquina de las calles de Santa-Avoye y Simón le Franc, donde destruían ellos mismos la barricada.

En un solo punto se replegaban los insurrectos abandonando una barricada principiada, la calle del Temple, después de haber hecho fuego contra un destacamento de la guardia nacional, y huían por la calle de la Corderie.

El destacamento recogió en la barricada una bandera roja, un paquete de cartuchos y trescientas balas de pistola.